

TRES HISTORIAS DEL MAR

Mariana de Althaus

Personajes: 3

Ananú, 25 años

VANIA, 30 años.

JOSEFINA, 35 años

Sala de una casa de playa. Techos altos, espacios vacíos y amplios. Muebles viejos, opacos, los sobrevivientes.

Ananú fuma sentada en un sofá. La acompañan, sobre una mesa, una botella de pisco y un vaso a medias. Suena el timbre. Ananú mira la puerta. Va hacia ella, respira hondo y abre. Es VANIA:.

VANIA: Hola. ¿Anuna?

ANANU: Ananú.

VANIA: Ah, sí. Ananú. Yo soy Vania.

ANANU: Vania. (Pausa) Bienvenida. Pasa.

VANIA: Bonita casa.

ANANU: ¿Te gusta?

VANIA: (Pausa) Claro. Es... grande.

ANANU: Siéntate.

Se sientan una frente a la otra. Silencio largo.

VANIA: ¿No me vas a invitar algo para tomar?

ANANU: Claro. Estaba tomando pisco. ¿O prefieres otra cosa?

VANIA: Ya habías empezado.

ANANU: No tomo mucho, sólo que...

VANIA: Estás nerviosa.

ANANU: No.

VANIA: ¿Pisco?

ANANU: Un poco. ¿Y tú?

VANIA: No.

Pausa. Ananú le sirve pisco a Vania.

ANANU: ¿Encontraste rápido la casa? Antes esto era un balneario fantasma, no sé si recuerdas, casi no había ninguna casa aparte de ésta, pero en los últimos tres años se ha puesto un poco de moda y se ha convertido en un pueblo, casi diría una ciudad, ahora está callado y oscuro porque en invierno no viene nadie, la gente cierra sus casas y ni se asoma por acá, pero cuando vuelve el verano esto se llena de vida, es increíble, los niños corren por las pistas y la playa, y los adultos toman cerveza y vodka frente al mar, aunque felizmente la playa es tan grande que nunca se llena, siempre hay unos metros de arena esperándote para que pongas tu sombrilla y te echas a mirar el mar. Pero bueno, como hay tantas casas tuve miedo de que te perdieras en el laberinto y no supieras cómo llegar acá.

Silencio.

VANIA: Qué es lo que tienes que contarme.

ANANU: Varias cosas. Lo que acabo de explicarte, era una de ellas.

VANIA: Que esto es un laberinto.

ANANU: Y que tenía miedo de que no llegaras.

VANIA: ¿Llegué tarde? No, llegué puntual. Salí de la galería a las nueve y diez en punto, calculé bien.

ANANU: Eres de los que llegan siempre a la hora exacta.

VANIA: En este tipo de cosas, sí. Y de trabajo. Pero en las fiestas me gusta que me esperen.

ANANU: ¿Vas a fiestas?

VANIA: ¿Tú, no?

ANANU: No.

Pausa.

VANIA: No vas a fiestas. ¿Eres una especie de ermitaña?

ANANU: Me gusta reunirme de a dos, o tres. Tal vez cuatro, pero a partir de cinco ya siento que empieza la guerra de quién habla más y eso anula completamente mi capacidad de comunicación.

VANIA: A mí me pasa al revés. Hablo mucho más de lo normal porque en las fiestas a nadie le interesa realmente lo que le digas y si le interesa, al día siguiente no se acuerda de nada.

ANUNU Hablas para que no te escuchen. Tiene sentido. Solemos prestar más atención a los que nunca hablan.

Pausa.

VANIA: ¿Me vas a contar?

ANANU: Qué. (Pausa) Ah. Claro. ¿Podemos esperar unos minutos? Prefiero explicártelo cuando estemos las tres.

VANIA: ¿Tres? (Pausa) ¿Quién es la tercera? (Pausa) Me dijiste que había muerto.

ANANU: Sí. Ella está muerta. Es otra mujer, a la que también le importa lo que voy a decirte.

VANIA: Ya. (Pausa) ¿No puedes darme una pista?

ANANU: Lo siento.

VANIA: (Hace un gesto de aburrimiento) Qué relación tuviste tú con ella. (Pausa) ¿Eso tampoco puedes decírmelo?

ANANU: La conocí muy bien.

VANIA: ¿Vamos a jugar a las adivinanzas?

ANANU: Ya debe de estar por llegar. La entrada a la playa es complicada, ya te lo dije. Uno se puede perder.

VANIA: Yo no.

ANANU: ¿Tú no?

VANIA: Tengo buen sentido de la orientación.

ANANU: Ah.

VANIA: Sólo voy a esperar diez minutos. No tengo tiempo para perder en películas de misterio.

ANANU: No tengas miedo.

VANIA: ¿Miedo?

ANANU: Comprendo que todo esto debe resultarte...

VANIA: No, por favor. Me da sueño el psicoanálisis.

ANANU: No quiero molestarte. No tienes que ponerte a la defensiva.

VANIA: (Sonríe) Yo siempre estoy a la defensiva. Si me descuido, me clavan un puñal. Y eso duele.

Silencio largo.

ANANU: ¿Escuchaste? Creo que está ahí.

VANIA: (Asustada) Quién.

ANANU: La que esperamos.

Pausa.

VANIA: Acá no penan, ¿no?

ANANU: No. Era el vecino. (Pausa) Espero que no haya tenido ningún problema en la carretera.

Pausa.

VANIA: Este pisco es el que está en oferta, ¿no? No sabe mal.

ANANU: Heredaste su cuello.

VANIA: (Pausa) ¿Ah, sí?

ANANU: Y la forma de sonreír.

Vania deja de sonreír. Pausa.

ANANU: ¿Tienes fotos?

VANIA: Tengo un par, sí.

ANANU: ¿Te gustan?

VANIA: Se le ve rellena, tosca, su forma de vestir no la ayuda en absoluto. Sus ojos son grandes y muy bonitos, pero en ellos no hay ni una pizca de misterio. Nada en esas fotos te hace pensar que era una mujer interesante.

ANANU: Cada hombre que la conocía, se enamoraba de ella.

VANIA: ¿Y eso quiere decir que era una mujer interesante? Yo creo que al revés.

ANANU: Se necesitaba mucho tiempo para descubrir quién era verdaderamente. Sólo unos pocos tuvimos el privilegio.

VANIA: Seguro.

ANANU: Perdón. Eso no es lo que quise decir. Lo que pasa es que... bueno... que uno de los propósitos de esta reunión es explicarles...

VANIA: (La interrumpe) Tú también eres su hija.

Pausa.

ANANU: Sí.

VANIA: Ya. Y la otra que va a venir, también.

ANANU: ¿Tú sabías que existíamos?

VANIA: No.

Silencio.

ANANU: Tengo algo que mostrarte.

Ananú va hacia una cómoda. Saca de ella un álbum de fotos. Voltea hacia VANIA con una sonrisa que no había mostrado hasta ahora. VANIA mira a Ananú como quien presencia la aparición de Satanás.

ANANU: Tengo unas fotos nuevas... adivina quién sale.

VANIA huye, como una niña, a refugiarse a un rincón.

VANIA: No quiero verlas.

ANANU: Te doy una pista: sale la niña más linda de la playa.

VANIA: Con la herida más horrible.

ANANU: Pero si ni se nota tu herida. Mira, pareces una sirenita que quiere volver al mar para recuperar su cola de pez.

VANIA: No, parezco una niña quemada.

ANANU: (Pausa) Muy bien. Entonces las romperé. ¿Puedo?

VANIA: (Pausa. En voz muy baja) Sí.

ANANU: ¿Estás segura? Las voy a romper en varios pedacitos, los tiraré en la basura, se mezclarán con otros papelitos y ya no se podrán pegar.

VANIA: No me importa.

ANANU: Te doy cinco segundos para arrepentirte. Cinco, cuatro, tres, dos...

(Pausa) Uno. Bueno, chau fotito de Vania.

ANANU va a romper una foto, pero VANIA se la arrancha.

VANIA: Tú no.

VANIA rompe en dos la foto. Ananú se la quita a tiempo para que no termine de

destruirla.

ANANU: ¡Qué haces!

Se miran, reconociéndose.

ANANU: ¿Por qué la rompiste?

VANIA: Lo siento, fue un impulso. Salgo muy fea.

ANANU: Ella cuidaba este álbum como si fuera un tesoro.

VANIA: Los álbumes familiares me aburren. Huelen a muerte.

ANANU: (Deja el álbum sobre la mesa) Qué estúpida, pensé que te alegraría verlo. Qué estúpida.

Silencio.

VANIA: Una vez un amigo me regaló una cámara. Fui a la tienda y la cambié por un walkman. Las fotos son crueles. La memoria es más generosa.

ANANU: Tú eres la segunda.

VANIA: Y tú la tercera.

ANANU: Sí.

VANIA: ¿Y la primera? (Pausa) O sea que mi madre tenía una hija cuando me tuvo a mí. ¿Dónde la metió?

ANANU: Yo tampoco la conozco. Y ella, nuestra hermana, dice que tampoco sabía nada.

VANIA: Vaya. (Pausa) ¿Y estás segura de que sólo somos tres? Tal vez somos ocho, y tú ni te has enterado.

ANANU: Imposible. Después de mi padre, no estuvo con ningún hombre más.

VANIA: ¿Cómo lo sabes?

ANANU: Yo crecí con ella, a mí no me abandonó.

VANIA: Qué bien.

ANANU: Perdona, no quise decirlo de esa forma.

VANIA: No te veo como mi "rival", si es lo que te preocupa.

ANANU: Yo no sabía que tú existías.

VANIA: Eso es lo increíble, ¿no? Cómo se la habrá arreglado para hacer que ninguna de las tres supiéramos de la existencia de las otras.

ANANU: Era experta ocultando cosas.

VANIA: Eso está clarísimo.

ANANU: Parece que antes de estar con tu padre vivió con un médico. A los cuatro años de dar a luz, desapareció para siempre.

VANIA: Bueno, te agradezco por la información. Me voy.

ANANU: ¿Te vas?

VANIA: No me gusta viajar tan tarde por la carretera.

ANANU: ¿No quieres conocer a Josefina?

VANIA: Josefina (Pausa) No, con una sorpresa tengo bastante, gracias.

ANANU: No las cité para contarles sólo eso.

VANIA: (Pausa) ¿Hay más?

ANANU: Tengo que hacerles una proposición.

VANIA: Una proposición. (Sonríe con ironía) Cuál.

ANANU: Tenemos que estar las tres.

VANIA: Carajo.

ANANU: Mientras, podemos conocernos un poco ¿no? Somos hermanas, y no sabemos nada la una de la otra.

VANIA: ¿Por la sangre? ¿Por nuestro segundo apellido? (Sonríe) Tú eres una extraña para mí. No reconozco nada mío en tu cuerpo.

ANANU: Es cierto. No nos parecemos en nada.

VANIA: Todo lo heredé de mi padre. Tuve suerte, es un hombre muy guapo.

ANANU: Mi madre... Nuestra madre era muy guapa.

VANIA: ¿Sí?

ANANU: Yo tengo sus ojos. Y el cabello. Lo tuvo hermoso hasta el final.

VANIA: ¿Y se supone que tú eres guapísima?

ANANU: El cáncer la hizo envejecer muchísimo. Pero el cabello resistió, consiguió mantenerse largo y suave a pesar de todo.

VANIA: No, si ya me la puedo imaginar en la tumba: una momia arrugada, con expresión torturada y dramática, coronada por una interminable y florida cabellera.

ANANU: Estaba muy bonita.

VANIA: Te creo. Le hubieras tomado una foto, ahora la gente paga muchísimo

dinero por esas cosas sórdido-antropológicas. Hasta una exposición hubieras podido hacer.

ANANU: No tienes derecho a burlarte.

VANIA: ¿No? ¿Estás segura?

VANIA se pone de pie y observa sin mucho interés los objetos de la sala.

VANIA: Odio a la gente impuntual.

ANANU: ¿Recordabas la casa?

VANIA: No.

ANANU: ¿Estás segura? Pasaste algún verano de niña, algo debes...

VANIA: (La interrumpe) Tal vez cree que esto es una fiesta, y quiere hacerse esperar.

Silencio.

ANANU: Hay una foto... Estás muy chiquita. Gordita. Con una sonrisa un poco perversa. Bañándote en la tina.

VANIA no parece prestar atención a ANANU.

ANANU: Cuando vi la foto, pensé qué extraño, se ve tan distinta a mí. Pero había algo en tu expresión que me hacía sentir que te conocía desde siempre. Y cuando te vi al entrar por esa puerta, con la misma sonrisa, creí confirmar esa sensación. Sin embargo, tu actitud...

VANIA: Te aparta.

ANANU: Sí.

VANIA: Es lo único que heredé de ella.

Silencio.

VANIA: Pero mira, Ananá, mi intención no es caerte mal.

ANANU: Ananú.

VANIA: ¿Y yo cómo te dije?

ANANU: Ananá.

VANIA: ¿No prefieres Ananá?

ANANU: No.

VANIA: No, muy bien. Ananú, mira: vamos a dejar un poco ese tema. Y no creas que yo odio a... mi madre. Simplemente un día se fue y desde entonces es como

si no existiera. Así que no te molestes en enumerar sus virtudes, a mí me da igual si era buena o mala, o si sufrió o no.

ANANU: ¿No te da curiosidad?

VANIA: No.

ANANU: A ella sí.

VANIA: ¿No tienes otro tema de conversación? Oye, no todos los días me encuentro con una hermana nuevecita. Anda, cuéntame algo de ti, no me aburras con historias de muertos.

ANANU: Bueno.

VANIA: Me fascinan los desvaríos de la vida.

Pausa.

ANANU: ¿Qué quieres saber?

VANIA: Qué haces, qué te gusta, cuál es tu filosofía de vida, con quién haces el amor, qué piensas del gobierno, etcétera.

ANANU: Soy escultora, acabo de terminar la escuela.

VANIA: ¿De eso vives?

ANANU: Hago algo de cerámica.

VANIA: No me digas que consigues pagar las cuentas de esta casa con eso.

ANANU: Hasta ahora sí.

VANIA: Y qué tipo de esculturas haces.

ANANU: No sé si tengo uno, todavía.

VANIA: Ya, pero qué tipo de cosas sueles hacer.

ANANU: Figuras abstractas y figurativas a la vez. Sueños. Pesadillas.

VANIA: Ya. ¿Y qué más?

ANANU: Qué más de qué.

VANIA: Del tema que nos ocupa. De tu vida.

ANANU: Ah. ¿Mejor por qué no me cuentas algo tú?

VANIA: Primero tú.

ANANU: Bueno. Eeee... Vivo sola. No acá, en un departamentito en la ciudad. No tenía hermanos, hasta hace poco. Y ahora tengo dos.

VANIA: ¿Eso es todo?

ANANU: No. Pero es lo más importante.

VANIA: ¿Te gustan los hombres o las mujeres?

ANANU: ¿Por qué?

VANIA: Pregunto.

ANANU: He tenido muy pocas relaciones.

VANIA: Qué aburrido.

ANANU: ¿Te aburres sola?

VANIA: No. Pero no me vas a negar que es más divertido pasar la noche con alguien.

ANANU: ¿Por eso tienes pareja? ¿Porque es más divertido?

VANIA: ¿Y tú cómo sabes que yo tengo pareja?

ANANU: Lo averigüé.

VANIA: ¿También eres detective?

ANANU: Quería saber a quiénes iba a conocer. Me puse a averiguar algunas cosas de ustedes. Pocas.

Pausa.

VANIA: ¿Y qué más sabes de mí?

ANANU: Que diriges una importante galería de arte, que estudiaste Historia del Arte en París y trabajaste cuatro años allá, que vives en un departamento con vista al mar y tu padre era músico y ahora... ya no.

VANIA: "Ya no".

ANANU: Lo siento. Quería que todo saliera bien esta noche.

Silencio. VANIA mira la escultura que está en un rincón.

VANIA: Las tres hermanas.

ANANU: ¿Cómo te diste cuenta?

VANIA: Es evidente.

ANANU la coge para llevársela.

VANIA: No, déjala ahí. Le da algo de modernidad a la sala. (Pausa) No sé dónde está lo figurativo ahí. Yo me veo bien abstracta.

ANANU: No conocía sus caras.

VANIA: Tal vez Josefina se conmueve y se anima a comprártela.

ANANU: No la vendería.

VANIA: Ahí está el disparate preferido de los pintores pobres.

ANANU: Hay algunas esculturas que hago para mí.

VANIA: Eso dicen todos. Pero tarde o temprano terminan vendiendo.

ANANU: Yo no.

VANIA: El estómago manda. El músico que le compone una canción a la mujer que se le ha muerto desearía cantársela sólo a su recuerdo, pero si quiere comer tarde o temprano deberá resignarse a que la canten en el karaoke.

ANANU: Pero ustedes no están muertas. Ustedes empezaron a vivir para mí en esa escultura.

Pausa.

VANIA: Adelántame algo de la proposición, Anina. Cuando llegue Josefina yo hago como que no sé nada.

ANANU: Ananú. Mi nombre es Ananú.

VANIA: ¿Pero por qué te pusieron ese nombre?

ANANU: A ella le gustaba.

VANIA: A ti también tenía ganas de complicarte la vida, por lo visto.

ANANU: A mí me gusta mi nombre. Que tú no te lo puedas acordar, es otro tema.

VANIA: Ya no tomes tanto por favor. A este paso te vas a emborrachar. Además tiene que quedar algo para ofrecerle a nuestra hermana mayor.

ANANU: ¿Y si no viene?

VANIA: ¿Por qué no va a venir?

ANANU: ¿Si le dio miedo?

VANIA: ¿Por qué habría de tener miedo?

ANANU: No sé. Dímelo tú.

VANIA: Yo no tengo miedo.

ANANU: No te creo. ¿Qué sentiste antes de venir?

VANIA: Curiosidad.

ANANU: No sabías quién era yo, ni qué te iba a decir. Y te ibas a enfrentar con el recuerdo de tu madre.

VANIA: Eso no me da miedo.

Silencio. Ananú adopta una posición más relajada y sonríe.

ANANU: Siempre fuiste una niña valiente.

VANIA, como un perro al que se llama por su nombre, mira a Ananú paralizada.

ANANU: No te gustaba llorar, lo considerabas una derrota. Pero mírate ahora.

Estás temblando. El miedo enloquecedor de las niñas valientes. El mismo miedo de esa tarde, en el café, ¿recuerdas?

VANIA: No tengo miedo.

ANANU: ¿Recuerdas lo que te dije esa tarde, Vania?

VANIA: No recuerdo nada.

ANANU: Guardé tu tarjeta. En mi caja de recuerdos.

VANIA: ¿Por qué tendría que tener miedo? No entiendo.

ANANU: Ojalá que volviéramos a vernos algún día, fue lo que te dije. Fue el único momento que me miraste a los ojos.

VANIA se pone de pie y va hacia una ventana. Se asoma y respira hondo como si en la brisa estuviera el olvido. Pausa.

VANIA: No me gusta el ruido del mar. Es tan insistente.

ANANU: ¿No te da miedo sentir dolor?

VANIA: No.

ANANU: (Sonríe) Ya.

VANIA: ¿Empezamos de nuevo con el psicoanálisis barato?

ANANU: Creo que te prohíbes sentirlo.

VANIA: ¿Porque sonrío? ¿Porque me divierto?

ANANU: Porque evades.

VANIA: No me conoces.

ANANU: No te atreverías a soltar una lágrima ni en la oscuridad de una sala de cine.

VANIA: Llorar deshidrata.

ANANU: Uno debería tener la libertad de llorar siempre que sienta ganas.

VANIA: No me gusta la libertad. Es mucho más cómodo estar limitada.

ANANU: Llorar para adentro duele más.

VANIA: (Sonríe con ironía) ¿Sí?

ANANU: ¿Qué te da miedo?

VANIA: Pocas cosas.

ANANU: Te envidia.

VANIA: No es una cualidad. Es una decisión. Pensar que casi nada es irremediable. Sólo los problemas para los que la ciencia todavía no ha descubierto la solución.

ANANU: En eso sí estamos de acuerdo: Casi nada es irremediable. Ni siquiera los errores que comete una madre con sus hijos.

VANIA: Y lo que es irremediable, existe, ahí está, me puede caer encima, pero no será tan grave. No tengo tanto apego a la vida como para temer alguna clase de muerte.

Pausa.

VANIA: ¿Qué averiguaste de mi papá?

ANANU: No mucho.

VANIA: No tengas vergüenza, dímelo.

ANANU: Sólo eso, que era músico pero ahora lo ha dejado.

VANIA: Muy diplomática. Déjame que te ayude. Que es un fracasado drogadicto sumido en la miseria que vive los cuidados de su hija y la compasión del único amigo que le queda.

ANANU: Sólo supe que estuvo hace poco en una clínica...

VANIA: Hace poco, sí, y muchas veces. La primera fue cuando tu mamá lo abandonó para irse con tu padre.

Silencio.

VANIA: Por qué no le hacemos una broma a nuestra hermana mayor y le decimos que nuestra madre ha resucitado.

ANANU: ¿Fue por culpa de mi mamá?

VANIA: "Mamá" es tu palabra preferida, ¿no?

ANANU: Siento mucho que a ti te moleste, pero yo te he invitado aquí para hablar de ella y si no te divierte, te vas a tener que aguantar.

VANIA: No. Si no me divierte, me subo al auto y me voy a mi casa.

ANANU: Cuando quieras.

Pausa. VANIA se pone de pie y sale. ANANU se queda desconcertada. Busca una respuesta en el aire. Luego de un rato, suena el timbre. ANANU abre la puerta. Es VANIA.

ANANU: ¿Qué haces acá? Tú estás muerta.

VANIA: Quizá lo bueno de morir es esto. Que puedo presentarme ante ti y decirte que te quiero sin vergüenza. No la dejes ir, hoy es el día de los deseos. Si no pides el tuyo esta noche, no lo obtendrás jamás.

ANANU: No quiero quedarme sola.

VANIA: Deseo concedido, hermanita.

ANANU: (Contenta) Vania.

VANIA: Estaba por arrancar el auto. Pero vi que llegó alguien.

Entra JOSEFINA. Tiene la actitud solemne de un gato inasible y disimuladamente feroz.

JOSEFINA: Hola. Soy Josefina.

ANANU: Hola. Yo Ananú. Bienvenida.

JOSEFINA ve a VANIA.

ANANU: Ella es VANIA.

VANIA: Hola JOSEFINA.

JOSEFINA: Hola.

VANIA: Pobre, nuestra madre te castigó con su nombre. ¿Nunca pensaste en cambiártelo?

Silencio.

JOSEFINA: ¿Nuestra madre?

VANIA: Ay, lo siento. Te malogré la sorpresa.

Pausa.

JOSEFINA: (En voz baja) ¿Qué sorpresa?

ANANU: Eso. (Pausa) Que tienes dos hermanas, JOSEFINA. (Pausa) Nosotras.

Silencio.

JOSEFINA: Esto es una broma, ¿no?

ANANU: No. Era lo que tenía que contarte.

Silencio.

JOSEFINA: No tenía idea. Pero tampoco me sorprende. Sabía que se había ido con otro hombre, lo normal era que hubiese tenido otra familia.

VANIA: Dos.

JOSEFINA: ¿Dos?

ANANU: VANIA...

VANIA: Qué.

JOSEFINA: ¿Dos?

ANANU: Vivió con dos hombres más. Con el padre de VANIA, y luego con el mío.

Nosotras tampoco sabíamos nada la una de la otra.

JOSEFINA: ¿Y a ustedes... también las dejó?

VANIA: Sólo a mí.

JOSEFINA: No puedo creerlo. Dos veces.

Silencio.

ANANU: ¿Quieres tomar algo?

JOSEFINA: No.

VANIA: Anda, tómate un pisco.

JOSEFINA: Yo no tomo. Además, ya me voy. Yo no quería venir. No me interesa nada que tenga que ver con esa señora. He venido porque no quería quedar como una cobarde. Me dijiste que querías hablarme de ella, y ya lo hiciste. Adiós.

ANANU: JOSEFINA...

JOSEFINA: Yo no tuve madre, nunca. Y si nunca la necesité, menos aún necesito ahora a dos hermanas. Nunca las veré como mi familia, por más que quiera esforzarme.

VANIA: No te molestes, no esperábamos tal honor.

JOSEFINA: Así que, sin intención de ofenderlas, prefiero irme.

VANIA: No hay tal ofensa.

ANANU: Pero si acabas de llegar.

JOSEFINA: Lo siento.

JOSEFINA va hacia la puerta.

ANANU: Al menos déjame terminar de contarles todo. Luego, si quieres te vas. Si ya viniste hasta acá, qué te cuesta quedarte unos minutos.

Pausa.

VANIA: Vamos, JOSEFINA. Sigue tu impulso. La curiosidad te mata.

ANANU: Por favor.

JOSEFINA: Espero que seas breve. Vivo lejos y no quiero acostarme tarde.

ANANU y VANIA se sientan. JOSEFINA, con mucho esfuerzo, consigue sentarse en una posición tensísima al borde del sofá.

ANANU: (A JOSEFINA) ¿De verdad no te provoca un pisco?

JOSEFINA: No.

ANANU: ¿Vino? ¿Cerveza?

JOSEFINA: No tomo.

ANANU: (A VANIA) ¿Tú...

VANIA: Yo me sirvo, gracias.

ANANU: Bueno, antes que nada quiero que sepan que yo no intento crearles una imagen ficticia de ella, ni convencerlas de nada...

JOSEFINA: Al grano.

Pausa.

ANANU: Hace cuatro años le diagnosticaron cáncer, pero no se lo dijo a nadie. Vino acá, a la casa de playa, para esperar la muerte. Siempre dijo que quería morir mirando al mar. Cuando ya no pudo tenerse en pie, me contó que le quedaba poco tiempo. Vine acá a cuidarla, o mejor dicho, a evitar que la muerte la pillara sola. Sólo entonces, tres semanas antes de morir, se animó a confesarme que existían ustedes. Tienes dos hermanas, me dijo. Me pidió que las encontrara. Me pidió también que les dijera que esta casa es de las tres. Y me pidió que hiciera todo lo posible por que viviéramos en ella. Las tres juntas.

Pausa.

VANIA: Fantástico. ¿Cuándo nos mudamos?

JOSEFINA: Bueno, ya lo escuché. (Se pone de pie) Ahora puedo irme.

ANANU: ¿Ni siquiera vas a pensarlo?

JOSEFINA: ¿Tú eres idiota?

Pausa.

ANANU: Esta casa cuesta muchísimo dinero. Tiene cinco cuartos, cuatro baños, es

un poco antigua, pero muy bien conservada. Está frente al mar y no muy lejos de la ciudad. Es perfecta. Incomparable con el departamento miserable que ya no puedes pagar ahora que te has quedado sin trabajo.

JOSEFINA: ¿Y tú cómo sabes dónde vivo? ¿Quién te dijo que no tengo trabajo?

ANANU: Lo averigüé.

JOSEFINA: No tienes ningún derecho a husmear en mi vida.

ANANU: Tal vez. Pero es verdad, ¿o no?

JOSEFINA: Prefiero vivir en la calle.

ANANU: ¿Estás segura?

JOSEFINA: Y mi departamento no es miserable.

Silencio. JOSEFINA va hacia la puerta pero se detiene bruscamente. Da media vuelta y se sienta nuevamente. Se sirve un vaso de pisco y toma.

VANIA: (A JOSEFINA) Salud, hermana. No la vamos a pasar mal frente al mar. Un bronceado te va a caer regio.

JOSEFINA: Cinco años trabajando, pensando que en algún momento llegaría a ser la directora, y al final hacen reducción de personal y me despiden. Compré un auto a plazos y ahora no sé cómo voy a pagar la siguiente cuota. Justo ahora tenía que regresar el fantasma de mi madre a terminar de desequilibrarlo todo. (Pausa) Necesito ir al baño.

ANANU: Está al fondo del...

JOSEFINA: Sé perfectamente dónde queda.

JOSEFINA: sale. Silencio largo. VANIA mira a Ananú y ésta sonríe.

VANIA: Por qué lo haces.

ANANU: Los muertos también sueñan.

VANIA: ¿Crees que lo lograrás?

ANANU: ¿Crees que es imposible?

VANIA: Yo no creo en los imposibles.

ANANU: ¿Y por qué simulas que sí?

VANIA: ¿Por qué no nos convocaste mientras estabas viva? ¿Por qué le has dejado el bulto a tu hija?

ANANU: ¿Acaso hubieras aceptado reunirme conmigo?

VANIA: Claro. (Pausa) Pero es que esa vez...

ANANU: Olvídalo. Yo comprendí. Siempre fuiste como un caracol, incapaz de sacar tus sentimientos de tu caparazón.

VANIA: ¿Qué sentimientos? Yo ya no siento nada por ti.

ANANU: ¿Ni siquiera odio?

VANIA: Nada.

Pausa.

ANANU: ¿Quieres un poco más de whisky?

VANIA: ¿Whisky? (Pausa) Ah, sí, gracias.

ANANU: No se habrá desmayado JOSEFINA, ¿no?

VANIA: ¿Al mirarse al espejo?

VANIA suelta una risa nerviosa. Ananú no se ríe.

VANIA: Lo siento, soy experta en chistes estúpidos.

ANANU: La vi un poco pálida.

VANIA: Te pareces mucho a mi madre. Por momentos, cuando te miro, me parece estar viéndola a ella.

ANANU: Pero soy Ananú. Soy diferente.

VANIA: Claro.

JOSEFINA regresa.

ANANU: ¿Estás bien?

JOSEFINA: Sí.

VANIA: Así que estás desempleada. La recepcionista de mi galería renunció esta semana, si quieres te ofrezco el puesto. No te puedo pagar mucho, pero puedes conocer a mucha gente interesante.

Silencio. JOSEFINA se aferra a su vaso para evitar que salga disparado hacia la cara de VANIA.

ANANU: Ya sé que lo que les propongo suena difícil. Pero piensen en las ventajas prácticas. De aquí a la ciudad sólo son veinte minutos. No tendrían que pagar alquiler, nos dividiríamos los gastos de la casa entre las tres, y pondríamos reglas para no molestarnos entre nosotras. Cada una tendría su cuarto y su baño, así que no habría problemas de invasión a la privacidad. Y si tenemos horarios

diferentes de comidas, o costumbres alimenticias distintas, podríamos comer separadas.

VANIA: No fomentes la desunión, hermana menor. Yo creo que parte del asunto es hacer el esfuerzo por el compartir. Comeremos las tres juntas, yo estoy dispuesta a sacrificar mi dieta vegetariana en pro de un menú familiar.

JOSEFINA: (A ANANU) Se está burlando de nosotras, ¿no?

ANANU: No creo que sean necesarias las obligaciones. Sólo lo mínimo para mantener la armonía.

JOSEFINA: Evidentemente no están hablando en serio. Todo eso suena estupendo, pero tres extrañas que pretenden ser hermanas no pueden decidir vivir juntas de un día para otro.

ANANU: ¿Por qué no?

JOSEFINA: La convivencia no es fácil. Y menos con tantos resentimientos de por medio.

ANANU: Claro. Tu problema son los resentimientos.

VANIA: Con resentimientos no se puede pagar un alquiler.

JOSEFINA: Uno sólo puede perdonar cuando le piden perdón. Y a mí nadie me lo ha pedido. No se puede perdonar a un muerto.

ANANU: Justamente porque está muerta, puedes perdonarla.

JOSEFINA: No pienso igual.

ANANU: El que otorga el perdón es el mayor beneficiado, no el perdonado. Sentir rencor no te deja vivir en paz.

VANIA: ¡Bravo! Eso te lo memorizaste antes de que llegáramos, confiesa.

JOSEFINA: Yo no quiero perdonar.

Silencio.

VANIA: Este pisco es mortal. ¿No tienes algo más suave?

ANANU: Hay otras botellas en la cocina. En la despensa que está junto al refrigerador.

VANIA sonrío y sale a la cocina. Silencio. JOSEFINA reconoce la casa con la mirada.

ANANU: ¿Recordabas la casa?

JOSEFINA: Por fuera, no. Creo que vine algunas veces hasta los tres años, a esa edad no se tiene memoria. Pero ahora, mirándola bien, la recuerdo un poco, mi papá tiene algunas fotos de los tres en esta sala.

ANANU: Las hubieras traído.

JOSEFINA: No me gustan.

Pausa.

ANANU: Me regaló este álbum. Sales tú.

JOSEFINA: Todo eso es como una cicatriz mal cosida, cerrada con costuras toscas y rápidas, que mientras no la mire, no se abre. No tengo muchos recuerdos de ella, no me dejó tiempo para tenerlos. Dejó a mi padre con una niña sin ninguna explicación, para irse con un pobre drogadicto. ¿De qué me sirve el recuerdo de una mujer como ésa?

VANIA: (Entrando, sonriente) Ya están hablando de mi papá.

Silencio. VANIA se sirve vino, y luego a sus hermanas.

JOSEFINA: No, yo no quiero, gracias.

VANIA: No puedes rechazar un vaso de la pobre hija del drogadicto. Prometo no ponerte coca en el vino.

JOSEFINA: Discúlpame, no pensé que ibas a escuchar.

VANIA: Salud.

VANIA acerca su copa hacia la de JOSEFINA.

VANIA: ¿Tu padre no te enseñó que es feo hablar mal de las personas a sus espaldas?

JOSEFINA: Sólo he repetido lo que escuché desde niña. Y no hablaba de ti, hablaba de tu padre.

VANIA: El que habla de mi padre, habla de mí. Y viceversa.

JOSEFINA: ¿Pero acaso no es verdad? ¿No es un pobre drogadicto?

Pausa. VANIA mira con una ligera sonrisa a JOSEFINA, durante tanto tiempo que JOSEFINA tiene que bajar su mirada.

VANIA: Sí.

Pausa. VANIA tira su copa al piso. Silencio largo. VANIA prende un cigarro y lo disfruta observando a sus inmóviles hermanas.

VANIA: Qué graciosas.

JOSEFINA: Qué.

VANIA: Son igualitas.

ANANU: ¿Nosotras?

VANIA: No me van a decir que no se han dado cuenta. Se parecen. Claro que JOSEFINA es la versión vieja. Sólo yo soy totalmente diferente a ambas. Eso se lo debo al drogadicto. Algo bueno tenía que sacar del drogadicto, ¿no? Un color, unas facciones y una mirada diferente.

ANANU: VANIA, JOSEFINA ya se disculpó, creo que no tuvo la intención de ofenderte.

VANIA: Jamás pensaría una cosa así de mi hermana mayor.

JOSEFINA: Por favor, no seas tan susceptible.

Silencio.

VANIA: Bueno, ¿y? ¿Ya te convenció nuestra hermana menor o todavía quieres dormir en el parque?

JOSEFINA: No hay nada de qué convencerme. Yo... no puedo.

VANIA: ¿Entonces por qué no te has ido todavía?

JOSEFINA: Ananú me pidió que la escuchara.

VANIA: Ya la escuchaste.

JOSEFINA: Ya me voy.

ANANU: No he terminado de hablar.

JOSEFINA: Pero yo ya terminé de escuchar.

ANANU: Por favor JOSEFINA, qué te cuesta quedarte un rato más.

JOSEFINA: Me cuesta. Y no le veo el sentido.

ANANU: ¿Nunca has hecho nada que no tenga sentido? Si crees que no valemos la pena, por lo menos quédate para confirmarlo.

Silencio.

VANIA: Anda, tómate otro pisco.

JOSEFINA: Yo no tomo.

VANIA: No te preocupes, acá se aceptan las contradicciones.

JOSEFINA: No me gustan las contradicciones. Adiós.

Ananú va hacia la puerta, la cierra con una llave y la guarda en su bolsillo.

ANANU: (A JOSEFINA) Anda a esa cómoda, por favor.

Silencio.

JOSEFINA: Ananú, por favor...

ANANU: Anda y abre el cajón. Luego te podrás ir.

JOSEFINA, con esfuerzo que se necesita para trepar una muralla de treinta metros, se dirige a la cómoda. Abre el cajón.

ANANU: Saca el cuaderno azul que hay adentro.

JOSEFINA saca un cuaderno viejo.

ANANU: Lee la primera página.

VANIA: Oh, no. Entramos a la escena del diario.

JOSEFINA abre el cuaderno. Le cuesta empezar a leer.

JOSEFINA: "Hoy empiezo de nuevo. Sin ella. He aprovechado que ha ido al nido y Roberto a trabajar. He dejado una carta imprecisa, con letra temblorosa. De qué otra forma se puede pedir un perdón imposible. Esta mañana me despedí de ella como todos los días, pero al darme el beso de costumbre no pude evitar abrazarla. No quería soltarla. "¿Por qué estás triste JOSEFINA?", le pregunté, asustada. Y muy seria me respondió: "Porque tú estás triste". Los niños se dan cuenta de las cosas que los adultos hemos aprendido a ignorar. Roberto no sospechó nunca que yo me iría. Pero ella sí. JOSEFINA es una niña que me sobrepasa. Las madres no tienen derecho a corromper con su suciedad a sus hijos. Quisiera ser fuerte y limpiarme para ella. Pero soy una mujer mala, quiero ser feliz."

Silencio.

VANIA: Estaba muy mal... Creo que siempre lo estuve. En el nido no quisiste jugar y cuando te pidieron que dibujes, pintaste a una mujer que lloraba, con unas ojeras grandes y moradas. No sé si era yo, o eras tú de grande. La psicóloga del nido no se preocupó por eso, solías hacer dibujos extraños. Cuando regresé a casa no me encontraste. Tu papá no fue a trabajar en la tarde y te llevó a un parque de diversiones. Escogió el trencito para decirte que yo me había ido de viaje. No te miraba, no tenía las fuerzas para consolarte porque él estaba más

triste que tú. Te pidió que no pensara que era un viaje para siempre, que debían esperarme y recibirme contentos cuando volviera. Tú le prometiste que me esperarías. Pero los dos sabían que yo no iba a volver. Entonces decidiste que tu madre había muerto.

JOSEFINA: (A VANIA) Te equivocas... ¿me escuchas? Te equivocas: yo nunca sospeché que te irías. No se me hubiera ocurrido jamás esa posibilidad. Ni las mujeres extrañas que yo dibujaba eran capaces de hacer algo así en el mundo imaginario de una niña de cinco años.

Pausa.

JOSEFINA: (A ANANU) ¿Ella te pidió que me leyeras eso?

ANANU: No. Lo encontré después de su muerte.

JOSEFINA: Pero qué fácil se le fue la pena, ¿no? Nunca se animó a regresar. Ni siquiera para ver si yo estaba bien.

ANANU: Sí quiso volver. Pero no se atrevió.

JOSEFINA: Claro, eso te lo dijo para no quedar tan mal ante ti.

ANANU: No me lo dijo.

ANANU va hacia la cómoda y saca otro cuaderno. VANIA contempla la escena sin inmutarse.

ANANU: (Lee) "Por fin me decidí y fui a buscarla. Llegué a la puerta de su departamento y no pude tocar. Estuve durante un cuarto de hora en la acera del frente, sin animarme a cruzar la pista. Salió una mujer vestida con un sastre y muy apurada. Era ella. Estaba muy diferente, no se parecía a JOSEFINA, no se parecía a mí. Las piernas me temblaban y me acerqué lentamente. Ella me miró pero no me reconoció. Sonó su celular y contestó con una voz dura. Parecía una llamada importante. Yo me detuve y continué mirándola. Entró en su auto y se fue. Permanecí mirándolo hasta que desapareció. Entonces me di cuenta de que había pasado demasiado tiempo."

Silencio. JOSEFINA no llora, pero nada le gustaría más.

JOSEFINA: Qué cobarde.

ANANU: Pensó que la ibas a rechazar.

JOSEFINA: ¿Por mi aspecto?

ANANU: La imagen que tenía de ti era la que tenías a los cuatro años...

JOSEFINA: ¿Tan fría me veo?

VANIA: Bueno, ¿quieres que sea sincera o que sea diplomática?

ANANU: JOSEFINA, ella estaba sugestionada. Antes de ir a tu casa le ocurrió algo que le creó más inseguridad.

JOSEFINA: Qué.

ANANU: Fue a buscar a VANIA.

JOSEFINA: ¿A VANIA? (Pausa) ¿Qué pasó?

Silencio.

ANANU: ¿VANIA?

VANIA: (Pausa. Muy incómoda) Nada, no pasó nada. Nos encontramos en una café. Cruzamos tres palabras. No me acuerdo, la verdad.

ANANU: Claro que te acuerdas.

Pausa.

VANIA: Me pidió que la perdonara. Me contó que había sufrido, y que me había extrañado y todo el guión de la mujer arrepentida. Un melodrama.

JOSEFINA: ¿Y la perdonaste?

VANIA: La humillé. Me burlé de ella. Le dije que había engordado. Recibí una llamada de mi pareja y la tuve escuchando mis intimidades sexuales por veinte minutos. Disfruté viéndola cómo se incomodaba, cómo hacía lo imposible por no escuchar, por no llorar. Cuando colgué le pregunté si tenía algo más que decirme porque estaba ocupada y tenía que volver a trabajar. Me pidió que la perdona una vez más y yo me reí. La dejé llorando, con la tarjeta de mi galería entre sus manos.

Silencio.

VANIA: Veinticinco años sin ver a mi madre, y de pronto se me aparece una vieja temblorosa diciendo que soy su hija y pidiéndome perdón. Era para salir corriendo del espanto.

JOSEFINA: (Pausa. Con voz débil) Eres igual a ella.

VANIA: Puede ser.

Silencio.

ANANU: Fue el golpe definitivo. Después ya no se pudo levantar. Le habían diagnosticado cáncer hace unos días. Se encerró en esta casa y cortó toda comunicación con la ciudad. Parecía un fantasma.

VANIA: Yo no sabía que estaba enferma.

ANANU: Era como una niña. Necesitaba siempre que la engrieran, que le recordaran que la querían. No soportaba la soledad, no se soportaba a sí misma. No era capaz de ocuparse de nadie. Su propia vida era demasiado trabajo para ella.

JOSEFINA: Claro. Sus hijas eran el último punto en su lista de prioridades.

ANANU: Eso no es cierto.

JOSEFINA: Bueno, dentro de las diez primeras no estaba.

ANANU: Puede ser. Y quién puede juzgarla por eso.

Pausa.

JOSEFINA: ¿Tú no?

ANANU: ¿Acaso el designio más importante de la mujer es ser madre?

JOSEFINA: (Pausa) No.

ANANU: ¿Por qué tenía que sacrificar su necesidad de amor por sus hijas? (Pausa)
Yo no estoy completamente segura de que lo haría.

JOSEFINA: Yo no pienso tener hijos.

VANIA: Yo no sé. No me veo redonda ni agitando sonajas.

JOSEFINA: Tener hijos es una irresponsabilidad. Los que tienen hijos deben de tener un ego excesivamente desarrollado como para pensar que son capaces de educar bien a alguien sin convertirlo en un loco.

VANIA: Ahora desde que tiene un año lo enchufas en un nido y el resto del tiempo a la tele. Si se convierte en un asesino en serie, le echas la culpa al nido y a la tele, y ya está. Es mucho más fácil.

ANANU: Yo sí quisiera tener un hijo.

JOSEFINA: Pues te deseo suerte.

ANANU: No es lo único que quiero en la vida, pero sí me gustaría. (Pausa) Qué es más lo importante para ti, entonces.

JOSEFINA: Mi desarrollo profesional, por supuesto.

ANANU: (A VANIA) ¿Para ti?

VANIA: Yo busco varias cosas en la vida. No veo por qué tenga que quedarme con una.

ANANU: Hay gente que tiene que elegir. Nuestra madre, por ejemplo. Tuvo que elegir entre sus hijas y el amor de pareja.

VANIA: Y eligió dos veces la pareja.

JOSEFINA: Ese no es el tema. Estamos hablando de desaparecer. (Pausa) Podría habernos llevado en su equipaje.

VANIA: La maternidad le importaba un pito, ya está.

JOSEFINA: Mejor no nos hubiera tenido.

VANIA: No estarías viva.

JOSEFINA: Tal vez me hubiera hecho un favor.

ANANU: Si no le hubiera interesado la maternidad, no me hubiera tenido a mí. Después de dejar a dos hijas, lo normal hubiera sido no tener ninguna más. Sin embargo, nací yo. No pudo renunciar a su vocación de madre.

VANIA: Yo diría más bien que compraba una marca muy mala de preservativos.

ANANU: Ninguna de las tres fue producto de un accidente.

JOSEFINA: No lo sabemos.

ANANU: Ella me lo dijo.

VANIA: Y tú le creíste todo.

ANANU: No decidió abortar. Eso ya dice algo. Un hijo, puedes tenerlo por mil razones. Pero tres, es porque lo deseas.

JOSEFINA: Vocación de madre de corta duración. En cuanto la niña crecía, se le esfumaba. Eso es lo raro. Novio nuevo, vida nueva.

ANANU: Odiaba la descomposición. Necesitaba vivir siempre cosas nuevas y emocionantes. Trataba siempre de eternizar esa pureza que tiene todo comienzo de una relación. Cuando la intensidad empezaba a decaer, empezaba a sentirse aprisionada. Fue consciente del error que cometía y del daño que hacía. Murió sin el perdón más importante, el suyo.

JOSEFINA: Pero por qué huir como si hubiera cometido un delito. Por qué comportarse como un criminal.

ANANU: No sé, no sé. No lo puedo explicar todo.

VANIA: Al absurdo no hay quien lo defienda. Ya no te esfuerces más.

Pausa.

JOSEFINA: Yo hubiera querido hablarle. Tenía muchas cosas que preguntarle.

(Pausa. A VANIA) Yo no hubiera sido tan cobarde como tú.

VANIA: No fue cobardía. Fue una pequeña venganza.

JOSEFINA: Cada uno se venga de la manera como uno es.

VANIA: (A ANANU) ¿No tienes un troncho para que ésta se relaje?

JOSEFINA: Por tu culpa no pude hablar con ella.

VANIA: Claro, y como yo soy pitonisa, tendría que haber imaginado lo que iba a pasar. Yo ni sabía que tú existías. Además, me extraña hermanita, tú entraste a esta casa con el discurso de que no te interesaba nada que tuviera que ver con tu madre... ¿Qué pasó? ¿Te entró la nostalgia?

JOSEFINA: No sabía que había intentado buscarme.

VANIA: Unas palabritas cursis y te derribió.

JOSEFINA: Lo que pasa es que si me debilito, yo lo acepto. No ando diciendo payasadas para hacerme la autosuficiente.

VANIA: (A ANANU) Oye, ¿estás segura de que ésta es mi hermana? Es que no tenemos parecidas ni las orejas.

ANANU: (Ida) Basta.

VANIA: Sí, ya basta. Perdonada sea la madre y bienvenidas sean las tres hermanas a la casa de la playa.

JOSEFINA: Yo no he perdonado a nadie ni he aceptado vivir acá.

VANIA: Pero qué insensible, mujer. Te hemos armado tremenda escena con diario y todo, y tú ni te has inmutado.

JOSEFINA: Sí soy sensible. Y además no olvido lo que me duele.

ANANU: Yo lo que no quiero es quedarme sola. A veces quiero tener una amiga y que se quede a vivir acá y adoptemos un niño y... creo que el sexo no... Los hombres son como un territorio minado, no sé cómo recorrerlos, su espiritualidad me es tan ajena como las reglas del cachascán, en cambio una mujer es como un jeroglifo. Creo que me gustan las mujeres. Es la primera vez que lo digo, qué

suerte que haya sido frente a mis hermanas.

Silencio largo.

VANIA: JOSEFINA, mira esta casa. Está un poco abandonada, pero no es algo que uno puede rechazar así nomás. No todos los días te ofrecen una casa en la playa y que además sea un reto para la imaginación. Podemos convertirla en una casa preciosa.

ANANU: Buena idea.

VANIA: Nada costoso, sólo es cuestión de ingeniársela.

ANANU: Restaurar estos muebles, poner cuadros, pintar de otro color las paredes...

VANIA: Botar esos adornos pasados de moda...

ANANU: Limpiarla a fondo.

VANIA: Yo tengo unos amigos decoradores de primera, los invitamos a cenar y lo hacen gratis.

ANANU: Y las dos conocemos pintores que podrían vendernos cuadros baratísimos, ¿no?.

VANIA: Y habrá que buscarle un buen lugar a tu escultura. Una escultura así tiene que estar en un lugar especial.

ANANU: Sí.

Las tres miran la escultura.

JOSEFINA: Las tres hermanas. No me había dado cuenta.

Silencio.

ANANU: Pero por más que remodelemos todo, los pisos, el cemento de las paredes, el aire seguirá impregnado de ella.

Pausa.

VANIA: Vaya. A eso yo le llamo un autogol en la final de la copa del mundo, caramba.

JOSEFINA: Tienes razón. De nada nos servirían los esfuerzos. Nos pasaríamos la vida recordando lo que queremos olvidar.

ANANU: (Con un poco de necesidad alcohólica) ¡No se trata de olvidar! ¡Se trata de perdonar!

JOSEFINA: No voy a perdonar. ¿No entiendes?

ANANU: Yo también tengo muchas cosas que perdonarle. A mí no me abandonó, pero tampoco estuvo conmigo. Ella y yo fuimos siempre como dos extrañas. Era la reina inaccesible, y después de que la dejó mi padre, la loca que se la pasaba encerrada en su cuarto, drogada por su propia miseria, indiferente a su hija y al mundo entero.

Pausa.

JOSEFINA: Otra víctima. ¿Y?

ANANU: Que la odié como ustedes por mucho tiempo. Y su muerte me dejó llena de rabia. Pero luego comprendí que no me servía de nada odiarla, y la perdoné. Y creo que ahora me siento mejor.

JOSEFINA: ¿Estás segura de que la has perdonado?

Silencio.

JOSEFINA: Ustedes no han perdonado, sólo han evadido lo que les duele. Lo que se niega, tarde o temprano regresa. Y con más fuerza. (Pausa) Nunca miro las fotos de mis años en esta casa. Le pedí a mi padre que las guardara en un lugar en el que yo no pueda verlas. Me hacen daño. Me llenan de odio. Me impiden ser una buena mujer.

VANIA: ¿Las fotos te lo impiden, o tu genética?

JOSEFINA: Eres una hija de puta.

VANIA: Somos, ¿no?

ANANU, ebria, va hacia la escultura de las tres hermanas, la tira al piso, e intenta quemarla ridículamente con un encendedor. JOSEFINA corre hacia ella y la detiene.

JOSEFINA: ¿Qué haces?

ANANU: Voy a traer un martillo, permiso.

ANANU se pone de pie para ir a la cocina, intentando mantener el equilibrio sin mucho éxito. JOSEFINA la coge del brazo.

JOSEFINA: ¿Qué te pasa?

ANANU abraza a JOSEFINA. Ésta se entrega. VANIA mira paralizada. JOSEFINA se separa de ANANU, como recobrando el control.

ANANU: ¿Nunca quisiste tener una hermana? Toda nuestra vida hemos estado solas. Ser tres debe ser mucho mejor.

VANIA: Claro. Con menos de tres no se puede jugar Trivial.

ANANU: ¿Por qué no paras de burlarte de todo? Sí, me memoricé algunos argumentos antes de que ustedes llegaran. Porque tenía miedo. Miedo de encontrarme con dos mujeres tan duras y no saber qué decir.

VANIA: ¿Yo, dura?

ANANU: ¿Por qué no eres un poco más valiente y te enteras de lo que está pasando? Has regresado a la casa donde viviste con tu madre hasta los 5 años. Yo les estoy ofreciendo una casa, pero eso no es nada, absolutamente nada comparado con lo otro. Les estoy ofreciendo dos hermanas. Ninguna de las tres sabemos lo que es eso. Pero si dejaran de hacerse las víctimas, quizá lo podrían intuir. Estoy segura de que eso debe significar cariño, apoyo, compañía, diversión. Amor, aunque les suene ridículo. Aunque suene imposible.

VANIA: Analía, mira...

ANANU: (La interrumpe) Mi nombre es ANANU. ¿Necesitas que te lo escriba? ¿Puedes hacer el esfuerzo de memorizarlo? ¿O es que tu memoria es tan chiquita que no puede almacenar siquiera el nombre de tu hermana?

Pausa.

ANANU: (En voz baja) Esto no es fácil para mí, tampoco. Enterarse de que tienes dos hermanas pocos días antes de la muerte de tu madre es lo más parecido a ganarte la lotería y ser atropellada por un camión a la misma vez.

Silencio. ANANU se sienta, agotada.

JOSEFINA: ¿Quieres que te traiga agua?

ANANU: De niña yo conversaba con una niña que se llamaba Lila. Pasaba horas jugando con ella. Cuando fui creciendo, me fui dando cuenta de que Lila no existía, de que era producto de mi imaginación. Fue así que aprendí a jugar sola. Y a hablar sola. Ahora tengo pocos amigos y prefiero siempre mi propia compañía. Pero de vez en cuando, la extraño.

VANIA: (A JOSEFINA) Ya: yo Lila 1 y tú Lila 2. (Pausa) Perdón. No quiero ser antipática. Pero se me sale.

ANANU: (Se pone de pie y hace el intento de tirarse encima de VANIA) Eres una hijadeputa.

ANANU cae torpemente a los pies de VANIA.

ANANU: Au.

VANIA: ¿Estás bien?

JOSEFINA: Ayúdame a levantarla.

ANANU: Puedo sola, puedo sola.

ANANU gatea hacia el sofá y se echa.

ANANU: Son unas hijas de puta...

ANANU se duerme. Silencio.

VANIA: Creo que nos hemos pasado con el pisco.

Pausa.

JOSEFINA: Creo que nos hemos pasado con todo.

VANIA: Voy a recoger esto.

VANIA sale con los vasos. JOSEFINA se pone de pie, mira el reloj, y se queda inmóvil. Regresa VANIA. Se miran.

JOSEFINA: Voy a dormir un rato. No puedo manejar en este estado.

VANIA: Yo me voy. Despideme de Ananú.

JOSEFINA: No seas irresponsable. A esta hora no hay ni una luz en la carretera y está llena de borrachos.

VANIA: ¿Estás haciendo de hermana mayor?

JOSEFINA: Haz lo que quieras. Me da igual si te mueres.

VANIA: Adiós.

VANIA sale. JOSEFINA se recuesta en el sillón y mira el álbum de fotos. Se pone a hojearlo. ANANU abre los ojos y le habla a JOSEFINA en voz baja.

ANANU: Cuando dormía yo era para ti la bella durmiente. Te parecía que me había dormido sólo para esperar que viniera tu papá a darme el beso que me despertaría y me convertiría de nuevo en princesa. Entrabas de puntillas a mi cuarto durante mi siesta para tratar de adivinar qué estaba soñando. Si tenía una ligera sonrisa, estaba soñando contigo, si respiraba con dificultad, soñaba que tú te ibas a vivir a un país lejano con un vagabundo. Una vez me sorprendiste

jadeando y diciendo palabras incomprensibles, me sacudiste, muy asustada, hasta que conseguiste que abriera los ojos. Te miré por unos segundos interminables y luego te abrasé con todas mis fuerzas. Me preguntaste qué había estado soñando. (Pausa) Te dije: "Estaba nadando en la playa y el mar empezó a tragarme. Tú y tu papá, a lo lejos, jugaban en la arena, pero no podían escuchar mis gritos. Lo que más me angustiaba no era morir, sino la posibilidad de que después ustedes pensarán que yo me había hundido a propósito, que había dejado de nadar para que me llevara el mar para siempre". Tú no entendiste nada, por supuesto. Pero no te lo quise explicar, te dije que los niños no pueden entender esas cosas.

ANANU vuelve a dormirse.

JOSEFINA: Nunca conseguí entenderte. No sé si puedo hacerlo ahora.

Despiértate. Despiértate. Esta va a ser la última oportunidad para explicarme.

¿Qué estás soñando? ¿Estás soñando conmigo? ¿O estás soñando que me traga el mar? Despiértate y explícame. Háblame. (Pausa) Tu sueño debe ser muy bonito. Tú siempre has soñado cosas mucho más bonitas que yo.

JOSEFINA mira a ANANU dormir. Luego se queda dormida.

Sobre alguna de las paredes de la casa, se proyecta un video. Las imágenes que vemos son las de un día de playa, las tres hermanas toman sol, conversan, toman helados, se bañan en el mar, hacen guerra de arena. Todo sin sonido, con imagen difuminada y borrosa, y en cámara rápida. En tono nostálgico y ridículo a la vez. Al terminar el video, VANIA se ríe dormida. ANANU se despierta. Se levanta con cuidado, pero JOSEFINA se despierta con el ruido.

JOSEFINA: ¿Qué hora es?

ANANU: Las 7:20.

JOSEFINA: ¡Las 7:20! Tengo que ir a la oficina.

ANANU: ¿A la oficina?

JOSEFINA: Ah, no.

Pausa.

ANANU: ¿Quieres café?

JOSEFINA: Sí, gracias.

VANIA: (Con los ojos cerrados) Yo también. Bien cargado.

ANANU y JOSEFINA miran a VANIA. ANANU sale.

JOSEFINA: Creí que habías salido a desafiar el peligro de la carretera.

VANIA: Lo intenté, pero veía doble. Decidí hacerle caso a la voz de la experiencia.

JOSEFINA: Haz babeado todo el sofá.

VANIA: He tenido uno sueño bien... interesante.

JOSEFINA: No me lo cuentes, por favor.

VANIA: ¿De verdad no quieres oírlo? Salíamos las tres.

JOSEFINA: Me alegro.

VANIA: Te veías muy bien con tu bikini rojo.

JOSEFINA: Ya.

VANIA: Fuera de bromas, ha sido un sueño... revelador.

Entra ANANU con una bandeja y tres tazas.

ANANU: Quiero pedirles disculpas por lo de anoche. Creo que me excedí con el pisco. Normalmente no tomo.

VANIA: Ya lo hemos notado.

ANANU: Ni siquiera recuerdo en qué momento me dormí. Sólo recuerdo que discutíamos...

VANIA: Olvídalo.

JOSEFINA: Tú le estabas diciendo hija de puta a VANIA.

ANANU: ¿Yo? Perdón.

VANIA: No, creo que tenías motivos.

Silencio. Las tres toman café.

VANIA: ¿Cocinas tan bien como haces el café?

ANANU: No tan bien, pero a veces me inspiro.

VANIA: Podrías invitarnos alguna vez a comer, ¿no? Podríamos venir de vez en cuando a tomar sol.

ANANU: Cuando quieran. Esta es su casa.

JOSEFINA: Yo me voy.

ANANU: ¿Tan pronto?

JOSEFINA: Tengo cosas que hacer.

ANANU: ¿Puedo llamarte... para vernos?

JOSEFINA: Preferiría que no.

Pausa.

JOSEFINA: Adiós.

Las tres se miran por unos segundos. JOSEFINA se va. Silencio.

ANANU: Soñar cosas imposibles es la forma más inútil de vivir.

VANIA: Está bien contarse historias. Siempre y cuando sepas que se trata de una ficción desde el inicio.

ANANU: Esta casa está invadida.

Pausa.

VANIA: Anoche, cuando entré en la cocina, acordé de cuando nos poníamos a preparar postres mi mamá, mi papá y yo. Cada uno se encargaba de algo. Un día preparamos manjar blanco y mi mamá estaba vertiéndolo en un tazón que yo sostenía. En eso vi en el piso una cucaracha gigante y del susto empujé a mi mamá y a la olla con ella. El manjar blanco hirviendo nos cayó a las dos, a mí en la barriga y a ella en las manos. Mi papá, preocupadísimo por mí, me mojó la herida con agua, me puso hielos y trataba de consolarme, mientras mi mamá lloraba sola y en silencio en un rincón. Luego ella se encerró en su cuarto a llorar, y no salió de ahí en tres días. Yo estaba prohibida de entrar, le preguntaba a mi papá cuánto tiempo le iba a doler a ella su herida, y él no sabía qué responderme. Después entendí que ella estaba ofendida porque él se había preocupado por mí y no por ella, que estaba celosa porque él ya no la engreía a ella sino a mí, que a ella no le interesaba ni un pimiento que mi barriga estuviera en carne viva. Me hicieron cirugía y estuve largos meses en tratamiento, pero la cicatriz nunca se borró. No te la muestro porque me da vergüenza.

Silencio.

ANANU: Creí que no recordabas nada.

Pausa.

VANIA: Tienes razón, ANANU, ésta casa está invadida. (Pausa. Se pone de pie) Yo también me voy. Me explota la cabeza y tengo que ir a ducharme antes de ir a

trabajar.

ANANU: Gracias.

VANIA: ¿Por qué?

ANANU: Me dijiste ANANU.

VANIA: Ah, de nada.

ANANU: Espérate. ANANU trae la escultura de las tres hermanas) Ten, llévatela.

VANIA: ¿Quieres que la ponga en la galería?

ANANU: No.

VANIA: Era una broma. Gracias. Va a quedar regio en mi sala. (Pausa) Hasta pronto, ¿no?

ANANU: Hasta pronto.

VANIA sale. ANANU se queda sola. Mira alrededor. De pronto, suena el teléfono, pero ANANU no contesta. Se enciende el contestador y oye la voz de JOSEFINA.

JOSEFINA: ANANU... te llamo desde la carretera. He parado un rato el carro porque estoy un poco... alterada. (Pausa) Quería disculparme por haberme ido de una forma tan... poco agradable. (Pausa) Prefiero que no me llames, pero tal vez lo haga yo, cuando esté lista. Bueno, hasta luego.

ANANU: Hasta luego.

VANIA, fuera de la casa, se encuentra a JOSEFINA frente al mar. Se observan largamente. JOSEFINA le habla a VANIA, como una prolongación del silencio.

JOSEFINA: Mira el mar, está igual de furioso que el último verano que pasé a tu lado. Era imposible bañarse con tranquilidad, uno siempre tenía que estar alerta, mirando que no te llevara muy lejos la corriente, zambulléndote hasta la raíz de las olas para que no te chuparan y te llevaran al fondo del mar. Lo recuerdas todo perfectamente, no has olvidado casi ningún detalle. Tu amor por mí sigue igual de furioso que el mar. El tiempo no ha conseguido mitigar nada. El odio es un tinte que cambia el color de la sangre, cada vez que te hacen una herida no hay forma de ocultarlo, el color te delata. Has querido mentirme, has querido negarme, has querido matarme. Pero soy de la raza de los inmortales, tengo el estigma de los condenados a la eternidad. Ya no puedes negar que vives conmigo, que los pasos que das son los que te enseñé a dar, que el miedo que te

da el amor es el que aprendiste de mí. Ya no puedes evitar mirarme, tu piel es mía, tu corazón está hecho de los pedazos que rompí yo.

VANIA: Ahora somos tres las que te miramos. Y entre tres, es más fácil neutralizar el rayo cegador que irradas. Como el sol de este mar furioso, que siempre invita a hundirse en su tempestad. La tempestad más temida. las tres miran hacia el mar. Apagón.

Mariana de Althaus. Correo electrónico: mdealthaus@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Abril 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar